

LA PEÑOLA,

SEMANARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON CARRILLO DE ALBORNÓZ,

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Un mes. 2 reales.—Trimestre. 5.

FUERA DE LA CAPITAL.

Un mes. 3 reales.—Trimestre. 8.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 10, bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
Toda la correspondencia dirigirla a nombre del Administrador
DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

BELLAS ARTES.

LA PINTURA.

(Conclusion).

La paleta de un pintor, es la elocuencia, es la palabra, es el espíritu agitando y conmoviendo. Únicamente los pintores son los que pueden retratar con más verdad el mundo, los que mejor pueden copiar el hombre.

¿Qué puede compararse con las pinturas de Rafael, ese rey de los géneos? Rafael es grande y sublime hasta en los más insignificantes detalles de sus obras; no se puede mirarlas sin que la fascinacion influya en los sentidos. De alma impetuosa y apasionada, Rafael es grandioso en la copia de la muger: las mugeres de sus cuadros embriagan, enamoran, hacen sentir la sed del deseo. Así Roma voluptuosa y sensual como la más ardiente de sus trastiberinas, contempla sus cuadros, absorbe las ormas de aquellas hermosuras que parece van a desprenderse del lienzo, y sueña, pero sueña con un mundo de placeres. ¡Cuántas veces en sus desenfrenadas orgías resuena el nombre del inmortal pintor!

En cambio Murillo es casto en sus asuntos: sus creaciones nos hacen pensar en el cielo. Místico, suave, dulce, sus vírgenes no tienen rival: no ha existido quien haya podido imitar sus cuadros sembrados de cabezas de ángeles y querubines veladas por un firmamento azul y nacarado, ya poético con los resplandores de la aurora, ya teñido con las tibias tintas del crepúsculo de la tarde. Gloria de España, el pintor sevillano ha enriquecido el mundo con su paleta; y en vano grandes talentos han querido imitar á la perfeccion su colorido, porque el colorido de Murillo se vé pero no se comprende; semejante al color del cielo nadie puede imitarle.

¡Ah! es indescriptible lo que el alma siente cuando se contemplan sus cuadros: como si quisiera desprenderse de la tosca urdimbre de la materia,

sufre, ansía, se dilata, se agita, y en un misterioso suspiro se remonta á lo infinito: que nada hay que nos eleve tanto como esa esplosion del sentimiento que se llama un suspiro.

Si, es imposible describir cuánto encierra la pintura, cuánto espresa: es preciso una sabiduría omnipotente y una pluma divina para escribir las numerosas páginas de la historia de tan hermoso arte: es necesario un poder increado para detallar todas las grandezas que han brotado del pincel del Corregio, de Vandik, Rivero, Velazquez, el Ticiano, Teniers, Rubens, Alvano, Rosales, Zurbarán, Juan Eteen y tantos otros. Unos por el colorido, otros por los rasgos, éste por la composicion, aquel por las sombras, todos son admirables, sublimes, todos son géneos, y cada uno el origen de un estilo, el fundador de una escuela, el autor de una maravilla, la honra de una nacion.

El Lorenés con sus composiciones traslada nuestra imaginación á los bosques, nos lleva á la montaña, nos aduerme haciéndonos entrever la puesta del sol en los mares cual si en ellos bogáramos lentamente dejando correr el breve espacio que media del día á la noche, desde que el sol muere hasta que nace la luna. Id á contemplar las obras del Lorenés y vereis campos inmensos salpicados de flores que os hacen sentir una grata emanacion cual si fuera un perfume que de ellas se exhalase. ¡Tanta verdad hay en sus producciones!

Y si de lo dulce y melancólico pasamos á lo tético y pavoroso, admiraremos á David Teniers el llamado «pintor infernal» por lo fantástico y diabólico de sus cuadros en los que en extraño consorcio coloca brujas horribles, espectros, bichos informes, sátiros, bacantes, diablos rodeados de tinieblas ó alumbrados por siniestra tempestad. Empapado en los misteriosos cuentos del país de las nieblas, sus concepciones son sombrías, espantosas, pero admirables por el colorido y el cap richo de las figuras, superiores por lo raras, grandiosas por el profundo pensamiento que encierran.

El desorden, la licencia, la desesperacion, la blasfemia, todas las pasiones, lo más horrible en fin, se vé en los lienzos de Teniers, y así como el Ticiano fué oscuro y tétrico, sombrío y triste en la pintura de sus inmortales Cristos, así David fué espantoso en los rasgos y detalles de su infierno.

La originalidad en el encantado arte de Apeles es inagotable. Juan Eteen da magníficos asuntos familiares, Alvano pinta la mitología, Velazquez la historia, Rubens hermosísimas mugeres, niños preciosos, el amor en una mirada, la pasión en una boca, el llanto regando ilusiones marchitas, la sonrisa acariciando á la esperanza, el corazón humano, en fin, palpitante aspirando el perfume de la felicidad ó ensangrentándose en los abrojos de la desgracia.

El Dominiquino se hace inmortal y recordando las composiciones de ese talento creador, Rosales se conquista un nombre primero, luego fama, despues la corona de la gloria que tege el mundo para los grandes artistas.

La pintura es como el sol, brilla en todas partes y en todas partes inventa, copia, embellece y es estimada. España é Italia con sus diversas escuelas y sus diferentes estilos, superan á las demás naciones, y los cuadros de sus pintores asombran á los pueblos que exclaman: «en esos lienzos palpita el mundo.»

¡Ah! el mundo sin el arte sería como un inmenso erial, como una noche sin luna, como una estrella sin resplandores. La pintura engalana nuestras producciones, hace ménos feas nuestras pequeneces, es como una piedra preciosa engastada en la esplendente corona del talento humano. Los buenos pintores son destellos que brotan de ese abismo de sombras que se llama sociedad: nacen para crear é iluminar, caminan con la aureola del génio en la frente, la fé en el alma y en el corazón la pasión: ellos transforman y á veces hacen una revolucion sin más armas que un pincel.

La naturaleza es hermosa, está llena de encantos, por eso la pintura es acaso el arte más bello y tan antiguo como la sociedad. Y en vano se sucedrán los siglos y las cosas, y las revoluciones, y los imperios, y los pueblos: la pintura nunca morirá: tiene la vida que la humanidad y la humanidad la amará siempre. Sí, necesitamos aspirar lo bello, sentir lo elevado sobre nuestras miserias. En medio de nuestras pasiones y de nuestras desventuras, cuando caminamos fatigados por el áspero sendero de la existencia, necesitamos algo inmenso que aplaque nuestra sed ardiente. Y esa inmensidad solo en el arte la encontramos, solo en lo hermoso podemos encontrar la expansion para nuestro agobiado espíritu, porque lo hermoso es el ideal realizado, porque lo inmenso es la idea del más allá, porque la verdad es el término de nuestras aspiraciones, porque, en fin, la pintura lo encierra todo: el alma del mundo, el alma de la vida, la vida de lo grandioso, la esencia de lo infinito, que es la esencia de Dios.

REMIGIO VEGA ARMENTERO.

EL ENVIDIOSO.

He aquí un ente miserable que se encuentra en la sociedad; su corazón no siente, su imaginación no concibe, su pecho no cobija mas que una pasión, un pensamiento, una idea, la envidia en una palabra.

Para él no existe nada grande, no puede haber nada hermoso, los sentimientos para su pecho son una utópia incomprensible, y no tan solo desconoce la virtud y el talento, sino que su vida entera la dedica á calumniarlos y á escarnecerlos.

Coger el escalpelo de la razón, profundizar las causas que presiden al crimen, estudiar detenidamente la abyección del envidioso y encontrareis su corazón seco, sus sentimientos apagados y su espíritu envuelto en las tinieblas de la ignorancia.

Parece mentira que una pasión tan deforme llegue á avasallar el corazón humano, y tanto menos, cuanto que para el que la abriga en su seno representa la negación absoluta de todo lo bello, de todo lo hermoso, de todo lo sublime que puede el hombre encontrar en el mundo.

¡Desdichado!

Compadecedle, si; compadecedle porque es digno de lástima. ¿Que esperanza podrá sonreírle en la tierra? ¿Que bienestar encontrará á sus quebrantos cuando angustiado vuelva sus ojos á pedir consuelo? ¿Que sentimientos podrá llamar en su auxilio para que endulcen su aislamiento y su abandono.

¡Infeliz! solo encontrará entonces la befa universal, solo hallará en su camino el escarnio y el desprecio y su paso será marcado con el dedo del anatema.

Este es un momento supremo para él; ha comprendido lo que es y aún puede detenerse para volver sobre sus pasos y emprender la senda de la lealtad.

Pero no, su orgullo desmedido le impide reconocer sus errores, le empuja más y más en el abismo, y pária de la sociedad, no teniendo el valor suficiente para hacerlo de otro modo, se esconde en las tinieblas y arroja el guante al rostro de la humanidad entera.

Y emprende la lucha, pero una lucha desesperada, rastrera; que le enerva y le consume porque quiere detener á la sociedad en el camino de la perfección, arrojando en medio de él la calumnia y la discordia, consiguiendo solo en sus miserables esfuerzos hacer valer aún más el talento y la virtud, que posan su planta victoriosa sobre su cerviz.

Entonces al sentirse humillado se revuelve en el fango, y cuanto más se rebela contra el pié que le sujeta, más y más desgarras sus vestiduras, más y más todavía aumenta su deformidad.

Y con los ojos inyectados, la respiración fatigosa, quebrantado el espíritu y yerto el corazón, camina por un erial sin límites, por un desierto sin fin. Pero este desierto es patrimonio exclusivo suyo,

solo á él le persigue porque es su obra. Su planta maldita agosta la flor de la esperanza, seca la fuente de las ilusiones y envenena el ambiente de la felicidad.

Cual nuevo Tántalo, vé la dicha sonreír á los que le rodean y no puede ser feliz como ellos.

Entonces se maldice asimismo, reniega de su ser y clavando las aceradas uñas en su pecho intenta arrojar la sangre al rostro de la humanidad que se ríe de su impotente furor.

Y lo mismo que Proteo estaba condenado á subir eternamente sobre sus hombros un enorme peñasco á la cima de un monte desde donde volvía á caer de nuevo, así el envidioso emplea su vida en empañar con su hálito infernal el brillo de todo lo que es grande y digno de admiración.

Porque la envidia para la virtud es como las sombras para un cuadro. Sin ellas las figuras principales no resaltarían y el cuadro carecería de importancia.

¡Ah! El envidioso no comprende esto, él no sabe que cual la vívora de la fábula se rompe los dientes inútilmente contra el acero de lo bello, consiguiendo tal vez al roer el orin que lo cubre, hacer resaltar mas y mas su hermoso bruñido.

Así pues, dejadle con su oficio de pregonero del talento y trompetero de la fama de la virtud: despreciadle por su intencion y cuando os digan que vierte su veneno sobre vuestro nombre, esclamar riéndoos de él:

Algo debo valer, cuando tengo por enemigo un envidioso.

L. CARRILLO DE ALBORNÓZ

EL ARBOL DEL SUSPIRO.

TRADICION.

En un frondoso valle del principado asturiano que riegan las aguas del Nalon, tenía su casa un caballero de clara estirpe y que habia probado en mil combates contra los árabes su arrojo y bizarría. Este caballero era Don Nuño de Véira.

Una herida que habia recibido le hizo regresar á sus dominios, si bien con el ánimo de empuñar pronto la espada que tanto estrago causara en la célebre batalla de Clavijo, donde fué herido.

Mas Dios dispuso otra cosa; cuando ya su herida se habia cicatrizado, se abrió otra, pero más terrible, más dolorosa, una de esas heridas que solo puede curarlas quien las infiere, porque son de tal naturaleza que necesitan que la misma mano que las ha abierto ponga el remedio, una de esas heridas en fin, que van derechas al corazon porque el dardo entra por los ojos.

Don Nuño amó; amó con toda su alma, como solo podía amar un corazon que hasta entonces habia abrigado únicamente el sentimiento del deber y del honor; con todo el entusiasmo del amor primero.

Y este sentimiento íntimo, esta pasión que abrasaba su alma, la habia inspirado una pobre niña, una sencilla aldeana, Blanca, la encantadora Blanca de cabellos de oro; de tersa frente, de ojos azules, de lábios de grana y dientes de perlas.

Blanca era inocente como la paloma, sencilla como las patriarcales costumbres de aquella época, amante de lo bello y entusiasta por lo heróico.

Por eso vió realizadas sus ilusiones cuando supo el amor que habia inspirado á Don Nuño, al que correspondió con el frenesí de su alma de quince años. Mucho tiempo pasaron amándose el uno al otro, y ¡cuántas promesas y juramentos se hicieron entre tanto!

Mas llegó un día en que Don Nuño no pudiendo resistir su apasionado amor, trató de hacerla su esposa. Para ello habló á Gaston que era el padre de su amada, uno de los soldados más valientes de su mesnada, una de sus mejores lanzas. El pobre viejo que habia visto y acompañado á su señor en renidas acciones contra los árabes, entusiasmado por su valor, no pudo oponerse á una petición que tanto le honraba.

Se verificó la boda y todo fué contento en casa de Don Nuño, y felicidad entre los dos esposos. Y eran tan dichosos viendo realizado su más ardiente deseo, que el rudo Gaston que habia espuesto su vida en los combates sin inmutarse, derramó una lágrima al contemplar su ventura; lágrima de entusiasmo y agradecimiento á la par: de entusiasmo por su señor, de agradecimiento porque veía la felicidad de su hija.

En un paraíso de amor no interrumpido corrió algun tiempo: pero llegó un día en que Don Nuño tuvo que abandonar su esposa y su casa, porque el noble asturiano no podía ver con tranquilidad que se derramase tanta sangre española sin teñir él su espada en la de sus asesinos.

Su honor y su patria le mandaban partir y partió. En su compañía fué el fiel Gaston: el viejo soldado que tanto amaba á su señor, no pudo apesar de sus años verle marchar sin seguirle como otras veces.

Blanca se quedó triste, muy triste, lloraba su soledad y todos los días salía al camino por donde habia marchado Don Nuño con la esperanza de verle tornar pronto.

Entre tanto en una escaramuza recibió una ligera herida en la cabeza que sin embargo fué lo bastante para trastornarle y ocasionarle un profundo desmayo. En tan lamentable estado le encontró el viejo Gaston y creyó que la vida del caballero habia concluido.

Con el corazon desgarrado por el dolor, partió el pobre anciano á dar tan triste nueva á su hija. No solo sentía el pesar de la muerte de Don Nuño al que habia enseñado el manejo de las armas acompañándole desde niño: no esperó solamente el sentimiento de la pérdida de su señor á quien todos sus vasallos amaban como á un padre; lo que más le torturaba era la convicción de que su hija que tanto amaba al noble caballero, no podría resistir el rudo golpe de la noticia de su muerte. Así con tan tristes pensamientos dejó el campo del rey para trasladarse á los dominios de Véira, y cuando desde lo alto de una montaña divisó la casa donde moraba su desgraciada hija, no pudo contener un suspiro.

Y él que habia cruzado siempre á galope aquel camino acosado por el placer y el deseo de abrazarla más pronto, dejó suelta la brida para que su caballo caminase al paso que quisiera, y hasta alguna vez le contuvo creyendo que iba demasiado de prisa. ¡Pobre Gaston, quería alargar un cuarto de hora las ilusiones de la desdichada Blanca!

Llegó por fin á un recodo del camino y cerca de él, en el fondo del valle, sobre la fresca yerba, al lado de un murmurante arroyo que descendía de la montaña y bajo la frondosa copa de un árbol secular, estaba la pobre niña más hermosa que nunca: la palidez de su rostro realzaba su hermosura: parecia la personificación del dolor.

Tenía sus ojos azules como el cielo, velados por una lágrima, fijos en el camino y no veía; su alma no estaba allí. De cuando en cuando arrancaba de

su pecho un suave gemido que parecía llevarse sus ilusiones, sus esperanzas, su vida, su alma toda. Su salud se había debilitado mucho, y un círculo violado rodeaba aquellos ojos que parecían haber robado su color al cielo.

Blanca no vió á su padre; pero el pobre Gaston la vió á ella y pudo contemplarla un momento, momento terrible porque su corazón paternal le anunciaba lo que había de suceder.

Se apeó del caballo, le ató á un árbol, y dando un pequeño rodeo fué á colocarse al lado de su hija. Esta sintió entre las suyas las manos del anciano, le miró y un estremecimiento nervioso recorrió su cuerpo.

—¿Y Nuño? —preguntó.

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos del soldado que fueron la contestación más expresiva. Blanca lanzó un grito desgarrador, uno de esos gritos que salen del corazón despedazándole y que espresan toda la intensidad del dolor; quiso articular algunas palabras y no pudo, se agitó convulsiva, vaciló, y por fin lanzando un prolongado suspiro cayó como una flor tronchada por el huracán. Su alma abandonó la materia para volver al cielo de donde había venido.

El infeliz padre desesperado, anegado en llanto, se arrodilló junto al cadáver de su hija y le cubrió de besos. Cuando llegó la noche le colocó sobre sus hombros y le llevó á su casa. Pronto la noticia de la doble desgracia se estendió entre las gentes del país que lloraron como niños la pérdida de sus señores.

Gaston dispuso, que entre tanto llevaban el cadáver de Don Nuño para enterrarles juntos, se depositase el de Blanca en la capilla de la casa, al mismo tiempo que se construía una tumba en el sitio donde había muerto.

Pasó algún tiempo, y Don Nuño repuesto de su herida regresó á su país sin saber nada de la muerte de su esposa. Pero la casualidad hizo que llegase el mismo día en que cansado ya Gaston de esperar dió orden de enterrar el cuerpo de su hija.

Cuando Don Nuño llegó al recodo del camino, acababan de cubrir los restos de la muger á quien había dado su alma. Al primer golpe de vista comprendió su desgracia, y en la esplosion del dolor cayó á tierra anonadado.

Desde aquel día todas las tardes iba á sentarse bajo el árbol que daba sombra á la tumba de su esposa, y lloraba allí su desventura.

Corrió el tiempo; un día que como de costumbre había ido á aquel lugar, se levantó una tempestad horrible. Silvó el viento, el relámpago alumbró la tierra y el trueno retumbó en el espacio. Don Nuño absorbió en su amarga meditacion, nada veía ni oía. Entre tanto el trueno se oyó resonar mas cercano, los relámpagos se hicieron mas frecuentes y el viento sopló con más fuerza.

De pronto iluminó la tierra una luz siniestra, y un rayo descendió sobre el árbol cortando la existencia del caballero.

Entonces el viento introduciéndose por el hueco que el rayo había dejado en el árbol, gimió de una manera particular remedando un suspiro. Era el suspiro de Blanca que venía á recoger el alma de Don Nuño.

Ahora, cuando tantos años han pasado, si vais por aquel país, los aldeanos os contarán esta historia, y si en un día de tormenta oís el gemido del viento en el árbol hendido por el rayo, os dirán que es el suspiro de la desgraciada Blanca.

PABLO LEON GIMENEZ.

UNA EMOCION DE TERCERA CLASE.

—Adios; dije á los amigos, y me lancé al tren.

Subí á un departamento de tercera y eché un vistazo á mis vecinos.

Frente de mí, estaba sentada una joven blanca como una azucena, y con unos ojos negros como... la tinta fina de escribir. A su derecha había una señora que la llamó hija—esta debe ser su madre, pensé.—A la izquierda y en medio de una porcion de cachivaches y bultos, iba una especie de hombre que segun dijo se dirigia á Madrid, donde nos ofreció sus servicios como presunto practicante de una barbería.

—Los demás asientos estaban ocupados por soldados, estudiantes y «alguna que otra persona.»

El tren corría.

De pronto la joven de que he hablado palideció dando un grito. —¿Qué es eso? preguntamos á un tiempo la madre y yo. —Nada, nada, contestó haciendo contorsiones y visages. Mas como su palidez aumentaba por grados, creí dar con la causa de su malestar, cuando...

¡Uf! exclamé dando un salto y sintiéndome presa de mortal angustia.

Pero qué ocurre? preguntaban á nuestro alrededor todo el mundo.

¡Mil truenos! —exclamó un bigotudo sargento creyendo adivinar nuestro malestar. —Si parásemos más en las estaciones, no ocurrirían estas cosas.

No es eso, no es eso, exclamé precipitadamente, arrancándome de la pantorrilla una hermosa sanguijuela, mientras hacia la misma operacion mi amable vecinita.

¡Mis sanguijuelas! exclamó entonces el doctor de barbería, viendo el puchero que las encerraba estrellado por los vaivenes del tren.

Todos nos pusimos en pie por el influjo de tan fuerte emocion y en cuanto paró el tren, abandonamos aquel coche, dejando al barbero con todo su séquito.

Desde aquel día no he vuelto á viajar en tercera.

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

CHARADA.

Mi primera es una letra
y la tercera tambien
y con la prima y segunda
otra letra encontrareis.
Quinta por variar es letra,
quinta tras cuarta... no lo es
pero me gusta en verano
para solazarme en él.
Y el todo lector amable
es un nombre. Acíértale.

(La solucion en el próximo número.)

Solucion á la charada inserta en el
número anterior.

ROSARIO.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.

ANGUSTIAS, 1.